

X CACHORROS

La india Nati, sentada en el umbral de la puerta de la choza de su huasipungo —cual hijuelo en color y en forma que le hubiera salido a la rústica vivienda—, con el guagua en la falda prendido a la teta, miraba y remiraba hacia el vértigo de la ladera y hacia los confines del valle surcado por la cicatriz de un camino. Ese día no fue al trabajo tras de su marido —taita José Collahuazo— como tenía por costumbre. Amaneció enferma, y, además, era el último mes de su segundo embarazo.

La inquietud de la espera, la ternura maternal para dormir al cachorro, la indefinida angustia de abandono, la cólera y el rubor de víctima por viejos atropellos de los patrones, y todo lo que en la intimidad de la mujer bullía en forma indefinida y viscosa, se dejaban arrullar por el murmullo del follaje de un pequeño bosque que se extendía más allá del barranco. Del pequeño bosque de eucaliptos —avenidas de pértigas que invitaban a soñar hacia lo alto y hacia lo largo, árboles Quijotes a pie y lanza al cielo, espejismo de una raza que sueña y se le entierra— por donde apareció taita José —figura de agobiada cabeza, de anchas espaldas que se escurren por las cuatro esquinas del poncho, de piernas cortas, prietas, mal abrigadas por un viejo calzón de liencillo—.

Al sonar en la desollada inconsciencia del pequeño los pasos de taita José —gigante poderoso, malo, que vive en su torno—, desapareció como por encanto la teta bajo la pringosa camisa de la madre —su teta, única cosa grata y feliz en la vida—, y él —pequeño, indefenso— tuvo que llorar en tono de maldición y desafío. ¿Contra quién?

¿Contra qué? El llanto transformó el cansancio del padre en desesperación silenciosa, reprimida, rumiante después de arrojar las herramientas que trajo del campo en un rincón y acurrucarse en el suelo. Y lo oscuro en la piel, y lo bilioso en las pupilas, y lo alelado en su gesto se tornaron entonces más impenetrables. Su hijo, ¡Oooh! Cachetes rojos, pelo castaño de los patrones de la casa de la hacienda. ¿Por qué el guagua —su guagua— salió así? ¿Sabía? ¿No sabía? "¡Carajuuu!", exclamaba de ordinario la sangre del runa confundido —grito y estigma humillante a la vez de miles de caras tostadas al sol de los valles, de los páramos y del látigo del latifundio— al topar con aquella verdad. Con aquella verdad que había que envolverla en dudas, en preguntas, en silencios. Por decir algo, el indio ordenó a la mujer:

—Candelita prenderás, pes.

—Arí, taiticu —respondió Nati dejando en el jergón al crío, el cual volvió a chillar con mayor resentimiento mientras ella encendía el fogón y ponía la olla de barro sobre la lumbre. Al final el llanto se ahogó en el humo, en el humo que había tapizado de hollín las paredes y el techo de paja y palos. Al quedarse dormido el rapaz, soñó: "Ten-
dido de bruces a la orilla del maíz puesto a secar en el patio del huasipungo, siente, ve y palpa la teta de mama Nati llenándole la boca, toda la boca... Sí, es la teta, su teta... ¡Mamiticaaa! Solos, felices... El, al devorar... Ella, al dejarse devorar... Sabrosa, tibia, mama Nati... La teta llena... Llenitaaa... Sabrositaaa... De pronto, sobre ellos, la cara hosca, prieta, del hombre que vive en su torno, como una maldición junto a ellos... Siempre... Los ojos encendidos, los labios voraces, los pelos pegados a la frente empadada en sudor... Acercándose, acercándose... ¡Oh! A quitarle, a quitarle su dulce, su único placer... Su mama Nati... Y ella habla con el hombre feroz, con el hombre imposible, con el hombre que se halla siempre en lo alto, y se acerca a él, y llora con él, y trabaja con él, y ríe con él, y se va con él, y duerme con él... Conspiran, le abandonan, le dejan solo... Solo... Soliticooo... Ha desaparecido su teta llena color a barro cocido... Su mama Nati... ¡Soliticooo!"

*

*

*

La mañana se ha despertado acatarrada y se arropa bajo un cielo gris que evoca la carpa de los circos. Los indios y las indias —de la ladera, del valle, de la montaña y del barranco—, tiritando de frío, vacío el estómago, llegan a esas horas a su trabajo —en las sementeras del alto, en los desmontes del bajío, en la limpia de las quebradas, en las cercas, en los desagües, en los pantanos—. Para buena suerte, la imaginación en los hombres les abriga con grandes copas de aguardiente o con pilches rebosando de guarapo, en las mujeres les consuela con la esperanza de la lumbre del fogón a la noche.

Taita José Callahuazo y mama Nati —dos números en la tropa de peones que abren una zanja interminable en el lodo—, agobiados por la barra que hunde él y por la pala que usa ella, también pensaban en sus cosas. Taita José, a cada "carajuuu" de coraje que sembraba en la tierra con su herramienta, ladeaba y desechaba por absurdos —como quien escoge maíz podrido— sus proyectos para solicitar un adelanto a los patrones por el parto de su mujer. "Ya mismitu caraju suelta el guagua... Esticu sí, pes... Miu mismo... Ojalá, pes... Comu quiera me he de separar unus realitus para tomar un buen puritu... Veinte sucres... ¿Dará veinte sucres al pobre runa? Qué ha de dar, pes... Una copita siquiera... El sábadu ha de gritar taita mayordomu desde el corredor de la casa de la hacienda: "¡Taita José Quishpe! Sólu un sucre en la semana... Sólu cincuenta centavitus... Faltas al trabajo, pes. Descontandu pur fiesta a Mama Virgen, pes. Deudas de taitas viejus también, pes..." Uuu... Peru yu he de decir, pes: "Taitiquitu, boniticu, pur vida suya, pes. Un adelantico para la guarmi que quiere parir nu más..." ¡Caraju! ¿Nu dará duru comu otras veces? Pur atrevidu, pur runa brutu, mañosu... Jodidu está hablar... Jodidu está pedir... Yu soliticu... ¿Cómu, pes?", se decía una y otra vez el marido de la india embarazada.

Por curiosa coincidencia todos los peones apuntaban con su imaginación al mismo blanco —los pagos de la tarde del sábado en el corredor de la casa de la hacienda—. Tomás Chiluisa, el cual nunca recibía nada por haber perdido dos reses cuando fue cuentayo —a más de los descuentos generales: una vez en la vida prioste y la deuda de sus mayores como herencia—, había llegado al consuelo nebuloso y amargo de las maldiciones. Y Manuel Cahueñas, el

cual no entendía que en la ley del embudo si a diez se le quitan cinco no queda nada. Y Antonio Hachi que faltaba desde varios meses atrás al reparto de los centavos, pensando sin duda en que el teniente político, el señor cura o el patrón obstaculizarían su dulce amaño. Y Juan Toapanta, y Luis Perugachi, y Ricardo Caiza, y todos...

También las mujeres —algo les daban por su ayuda— pensaban conmoviendo con lágrimas y ruegos el corazón del "amo, patrón, su mercé" en los pagos de la semana. Así mama Nati, quien para su entender tenía desquitado mucho más de los cincuenta sucres que le hicieron cargo —objetos perdidos o rotos en el servicio obligatorio y gratuito que como india más joven seleccionada aquel año tuvo que cumplir en la cocina y en la alcoba del amo— cuando le casaron con taita José, proyectaba mentalmente —con rubor respetuoso y resentido a la vez— hablar al patrón, decirle... Imposible decirle lo que pensaba en presencia de los suyos, lo que le daba vueltas en la cabeza: "Taiticu... Dé pes algu. Una ayudita. El guagua... Uuu... Igualiticu a su mercé... Cachete coloradu, pelitu también, ojitus también... Y ahura preñada del natural, pes... ¿Dónde está pes lu que ofreciú, lu que diju, lu que hizo pensar a una pobre?".

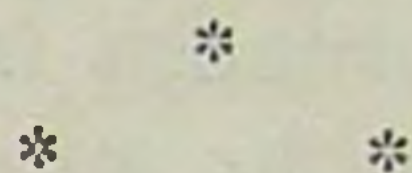
—¡Natiii! Deja al guagua en el suelo. Hay que bajar a la quebrada —ordenó el marido volviéndose a la mujer.

Con humilde diligencia —capaz de borrar toda sospecha— ella obedeció al indio. Acomodó al crío junto a unas matas. Algo le dijo para que no llore. Y siguió al runa —resbalando unas veces, agarrándose con las uñas otras— ladera abajo.

Como de costumbre, el pequeño chilló con llanto lastimero. Agotado, ronco, no se durmió. Se hallaba sin faja. Libre los brazos y las piernas. Podría arrastrarse, gatear. Llegó fatigosamente al filo del barranco. Allá... muy lejos —para él un abismo imposible— alcanzó a distinguir a mama Nati —apetito amoroso en los labios, en el paladar, en la lengua—, a taita José —ansia de temor y de asco en el pecho—, creció su llanto en tono de profundo resentimiento. ¿Por qué le abandonaba ella? ¿Por qué se iba siempre con él? ¿Por qué le dejaban solo? ¡Ambos! Con su primera cólera instintiva adelantó las manos para seguir... Rodaron ladera abajo pequeñas piedras y terrones. Alguien gritó entonces:

—¡Ave María! ¡El guagua! ¡El guagua va a rodar como zambu, pes! ¡Agárrenle, taiticus!

Manos poderosas levantaron al cachorro del suelo para luego entregarle a su madre. Una vez en la espalda querida, entre hipos de anhelante queja, el rapaz miró de reojo a taita José —cara hosca, gesto de venganza insatisfecha, de desesperación sin palabras, todo trunco, todo agobiado sobre la dura tarea—, y, con aterciopelada sensación de triunfo en la piel se quedó dormido, dulcemente narcotizado por ese olor a sudadero de mula que despedía su mama Nati en el trabajo.



Aquella mañana mama Nati, tirada sobre el jergón, se revolcaba dando gritos. Algo... Algo le atormentaba en la barriga. Algo que para el cachorro de los cachetes colorados y del pelo castaño no era normal. Desde un rincón, sin atreverse a llorar —quizás él era el culpable, taita José no estaba—, el pequeño —los ojos muy abiertos, helada la sangre, inmóvil la cólera, en silencio como para desaparecer— observaba... Felizmente a medio día apareció en la choza una india, la curandera —mandíbulas que saboreaban incansables una vejez sin dientes, cabellera revuelta, ojos diminutos de mirar alelado, manos flacas de sucio pergamino—. Encendió la candela en el fogón y puso la olla grande de barro con agua a hervir. Entre tanto, el primogénito, agotado por el susto y por la sorpresa, ovillado sobre las pajas y las hierbas húmedas de los cuyes, se había quedado dormido. Al despertar el pequeño, la vieja curandera algo murmuraba a mama Nati, la cual permanecía aún tendida en el jergón pero sin gritos y sin dolores. Cuando la anciana se despidió hizo una broma incomprensible y dirigiéndose al rapaz de los cachetes colorados y del pelo castaño, le dijo:

—Vuy donde taiticu. Que venga a conocer guagua, pes.

"Guagua... ¿Qué guagua?", se interrogó inconscientemente el cahorro con amargura diluída en la sangre.

—Guagüiticu. Vení... Verás lu que tengü... Aquicitu... —invitó mama Nati. Sin vacilar el pequeño aludido se arrastró nervioso hasta el jergón. Ella levantó los ponchos viejos para enseñarle con brutal cinismo un ser vis-

coso, repugnante. Un ser que... ¡Oh! Al impulso de extraño furor el primogénito quiso lanzarse contra el intruso, pero ella, mama Nati, le detuvo con una mueca de reproche y de ternura a la vez. Luego la india se sacó una de sus tetas y dio de mamar al ser viscoso y repugnante. "¡Nooo!", protestó el instinto en la sangre del cachorro de los cachetes colorados y del pelo castaño. Alguien que no era él, ni taita José, se mamaba lo suyo. ¡Lo suyooo! Le quitaba... Y ella consentía... Como al muchacho le era imposible interrogar: ¿De dónde cayó?, ¿Quién le trajo?, ¿Por qué le robaba su teta color de tierra cocida, su mama Nati? ¡Oh! Como le era imposible... No pudo más... Abrió la boca y lanzó un alarido de mutiladas interrogaciones.

—Gritandu comu diablu, nu... ¿Pur qué, pes? Guagua de Taita Diositu.

¡Brutu, animal! —advirtió enojada la india.

—Uuu... Uuu...

—Hermanu, pes.

Con todo el coraje apretado en la barriga, en el pecho, en la garganta, el cachorro celoso comprendió que debía disimular. ¡Disimular! Con taita José era diferente —mandaba en la choza, estuvo desde siempre, su poder era inmenso, su figura...—. El intruso en cambio... Débil... Feo... Cerdoso... Moreno... Ella le defendía... Para salvar aquella angustia que todo lo transformaba en el secreto turbio de las entrañas, el rapaz corrió a ocultarse tras el montón de leña y boñigas secas para quemar.

*

*

*

A medida que pasaban las semanas y los meses, crecían los celos y el resentimiento profundo —actitudes taimadas, fantasía de crueldades, ganas de huír— del cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño.

Aquella mañana mama Nati, cargada del guagua menor a las espaldas y tirando de la mano al mayor —el cual, por ese entonces andaba perfectamente—, se dirigía al trabajo del bosque. Al cruzar un arroyo, el muchacho que iba a pie pidió a la madre le dé agua. Ella se quitó el sombrero —sucio recipiente de lana, olor a sebo y agrios sudores—, le llenó en la corriente que lamía sus pies y le entregó a su hijo, recomendándole:

—La sobrita darasle al guagua. Comu está cargadu pes nu puedu yu mismu. Breve, longuitu. Taita José ha de estar esperandu.

Se sentó en una piedra de la orilla del riachuelo la india para que el rapaz cumpla su orden. Pero una broma que habilmente disimulaba el rencor del primogénito —rebelábase ante la idea de servir al hermano— la cambió todo. Inspirado echó la sobra del agua al suelo y corrió chaquiñán arriba con el sombrero de la mujer en la mano.

—Ahura verás, longu bandidu, mañosu. Ahura verás lu que te hagu. Ahura te aplastu comu a cuy. Ahura he de avisar a taiticu —chilló derrotada mama Nati en pos del pequeño.

Fatigada llegó la madre al claro del monte boscoso donde trabajaba el marido por ese entonces. Pero... No pudo o no quiso acusar al travieso muchacho, el cual, taimado y mirando con recelo, se había quedado tras de un tronco. Como de costumbre, la india acomodó a sus hijos a la sombra —para ella más segura y fresca— del follaje de un chaparral. Y, antes de alejarse en ayuda de taita José, con voz de amenaza y súplica a la vez, ordenó al mayor de los rapaces:

—Cuidará al chiquitu. Verás bien, longu mañosu. Donde le pase algu al guagua te hemus de matar nu más. Si tiene hambre darasle nu más la mazamurra que traje. Aquí deju... Vus también comerás...

A pesar de las recomendaciones y del temor, el cachorro de los cachetes colorados y del pelo castaño nunca pudo permanecer sentado mucho tiempo. Se arrastraba en la hojarasca como lagartija, jugaba con el lodo de cualquier zanja o vertiente próximas, atrapaba diminutos insectos entre la hierba para arracancarlos las alas y la cabeza, se tendía cara al sol, deslizábase hasta muy cerca de los leñadores, y oculto en cualquier refugio, observaba cómo los árboles caían entre quejas y truenos al golpe del hacha, cansado y hambriento devoraba la comida y entretenía el llanto del pequeño dándole a mamar la cuchara de palo —negra por el uso— ligeramente embarrada en mazamorra.

Aquella ocasión, a la tarde, el viento se puso bravo, el cielo se tornó gris, desde los cerros llegaron —con intervalo de segundos— los gritos cavernosos de los rayos y el resplandor de los relámpagos. "Si cae el aguaceru meterás al guagua en cualquier huecu hasta venir nosotrus, pes", re-

cordó el cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño con la voz de la madre al oído. Y diligente arrastró al hermano —fajado como una momia diminuta— hacia una especie de cobertizo de ramas viejas y follaje seco. Por desgracia no se desató la lluvia y en cambio crecieron los rumores roncós y supersticiosos que arrastraba el huracán y las amenazas salvajes que rodaban desde el cielo. Un extraño temor se apoderó entonces del muchacho —ellos, mama Nati y taita José no llegarían pronto—. Se sintió solo, con soledad de angustiosos y resentidos contornos. Se sintió cruel, con toda la crueldad para defenderse, para sobrevivir. El hermano dormía con placidez e indiferencia que desesperaba. Pudo soportar, diez, quince minutos aquella situación. Pero... ¡Imposible! Sin ningún escrúpulo, con ansia morbosa por oír el chillido del niño tierno —torcida urgencia de amparo y compañía—, le pellizcó en los párpados, una, dos veces.

—¡Aaah!

—Bandidu... Mañosu...

—¡Aaah!

Como reacción momentánea, los gritos, en vez de tranquilizar al verdugo, le inquietaron obligándole a servir apresuradamente a la víctima unas cuantas cucharadas de mazamorra fría. Calló la criatura, y, a pesar del cerco del refugio —envuelto por las insistentes y dramáticas voces de la naturaleza—, el cachorro de los cachetes colorados y del pelo castaño volvió a experimentar ese pavor angustioso de soledad, de abandono, de injusticia, que había destapado su rencor, sus celos. Alguien... ¡No! No era sólo alguien. Todos le robaban con solapado egoísmo el cariño de su mama Nati, la tibieza de su teta color a barro cocido, el amparo... Ciego de diabólico y amargo coraje —al parecer inmotivado—, el primogénito ejercitó de nuevo su crueldad en los ojos del hermano. Le pellizcó en los párpados... Una, dos, tres... Diez veces... El viento y los truenos ahogaban el llanto... Echó sobre las lágrimas tierra seca. Tierra que debía penetrar...

—¡Aaah!

—Ji... Ji... Ji...

—¡Aaah!

Luego, cuando calmó la tormenta del viento y los rayos, cuando el crepúsculo anunciaba la vuelta de taita Jo-

sé y mama Nati, el pequeño verdugo limpió con gozoso cuidado las huellas de su venganza.

—¡Ave María, taiticu! ¿Qué pasú, pes? ¿Qué...? ¿Qué animal picaría en lus ojos del guagua? ¿Nu viste? —interrogó la madre al mayor de sus cachorros al notar algo raro— hinchada la cara, angustioso el llanto— en su hijo tierno. Y con nerviosa diligencia sacó uno de sus senos para hundirlo en la boca del rapaz inconsolable.

—Nu, mama. Nuuu...

—Caraju... Estu... Estu... —comentó taita José rascándose de mala manera la cabeza. No dijo más. El cansancio y la indolencia eclipsaban a veces en él todas sus pasiones.

—Nu, mama. Nuuu... —insistió el cachorro de los cachetes colorados y del pelo castaño. Sus palabras, en realidad no respondían a lo que la madre interrogaba. Eran más bien la protesta, el grito del alma celosa y resentida.

—Pur... Pur estar jugandu. Longu pícaru, bandidu.

—Nu, mama. Nuuu... Uuuy... Uuuy...

—Y vus primeru hechu el guagua ñagüi, nu... ¿Por qué, pes? Y vus primeru soltandu el mocu y las lágrimas. ¿Pur qué, pes?

—¡Caraju!

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

*

*

Llena de angustia mama Nati al comprobar que los ojos del menor de sus hijos —tres días cerrados por la hinchazón y por el llanto— supuraban con abundancia, buscó a la curandera.

—Ave María... Taitiquitu... Cun mal está el guagua. Cogidu del cuichi parece... Del cuichi del mal de oju... Claritu, pes... —opinó con voz y gesto de bruja la experta mujer mientras examinaba al diminuto enfermo en el suelo.

—Del cuichi... ¿Y ahura que será pes de hacer ma-ma bonitica, shunguitica? —interrogó con voz empapada en temores supersticiosos la madre del pequeño.

"Uuu... Ha sido el cuichi... Yu nu, pes... ¿Yu? Mentirosu... El cuichi... El cuichiii...", se dijo mentalmente el mayor de los hijos de mama Nati que observaba desde un rincón de la choza la escena de las mujeres y del

hermano. Y a fuerza de oír y repetir aquel nombre —causa y genio maligno de la misteriosa gravedad del hermano—, desterró a la hermética y angustiosa región del aparente olvido íntimo —como quien borra una huella— sus pequeños remordimientos sobre el caso.

—Ha de ser bueno...

—¿Qué, pes?

—Estar segura... —murmuró la india que examinaba.

—¿Cómu, bonitica?

—Frotandu al guagua...

—¿Cun cuy negru?

—Sólu para dolur de barriga, para dolur de shungo, para dolur de rabadisha, para dolur de espalda, es esu bueno. Para estu ca, hay que reventar sapitu en candela. Sapitu tiernu...

Del interior de una bolsa mugrienta de cáñamo, con la cual llegó a la choza, la curandera extrajo en silencio trapos, yuyos secos en polvo y una diminuta rana. Mientras murmuraba extrañas oraciones en quichua, frotó con el animalillo varias veces los párpados hinchados del enfermo que chillaba sin consuelo. De inmediato se acercó hasta el fogón —fuego de leña de chaparro y boñiga seca—, quitó la olla donde hervía la mazamorra cotidiana, y, después de hacer una serie de gestos y movimientos cabalísticos, echó sorprendentemente el sapo en la lumbre. Con leve queja de músculos que se contraen y se achicharran reventó el batracio saturando el ambiente de un olor a carne asada. Rápida la vieja metió las narices en el humo que despedían las candelas. Y como si despertase o volviera de un éxtasis, confirmó su diagnóstico:

—El cuichi... Agarradu del cuichi... Claritu se huele, pes...

—El cuichi —repitió la madre.

"El cuichi", se dijo el cachorro de los cachetes colorados y del pelo castaño con burla casi inconsciente.

—Ahura hay que esperar que pase la luna tierna, pes.

—Arí, bonitica.

—Hay que conseguir también hojitas de shantén de monte, flur de mora machacada y hierba de pozu que crece en cueva. De toditicu hay que hacer cocimientu para poner empapandu paños calienticus en ojus, pes. Dus, tres veces al día.

- Comu nu, mamitica.
- Manu de Taita Dios es.
- ¿Y cuánto será de pagar, bonitica?
- Dus cuicitus nu más.
- Negrus ha de querer.
- Ojalá, pes.

A gatas mama Nati se metió por los rincones de su vivienda. Su habilidad y decisión equivocaron una y otra vez en el color de los roedores que sorprendía.

—Cuuuy... Cuuuy... Cuuuy... —chillaban los animales enloquecidos huyendo de un lado a otro. Pero cuando llegó taita José la cacería fue más fácil y la curandera se marchó satisfecha.

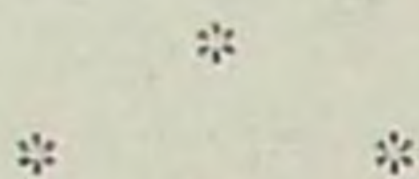
Mientras maduraba la luna, mama Nati, con cierto misterioso sentido adivino procuró no abandonar un solo instante al enfermo —por fuerte que sea el trabajo le llevaba cargado a la espalda, en la choza le daba el seno, le arrullaba sin cesar y por las noches dormía a su lado—. Sí. Con nebuloso y amargo temor creía haber sorprendido más de una vez en las pupilas de su hijo mayor una especie de rabioso encono, de taimada venganza. ¿Para ella? No. ¿Para taita José y para el hermano? Quizás... ¡Quizáaas!

Aquella ternura y cuidados maternos mejoraron a medias los ojos del pequeño, pero no tardaron muchos días en agravar también los celos —viscoso ardor en la sangre, fermento de odio, impulsos subconscientes de venganza— del cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño, el cual al observar y oír —desde cualquier rincón de la choza o del campo— las amorosas y tiernas escenas de mama Nati con el crío de piel oscura, de labios gruesos, de idiota actitud, rumiaba insultos y proyectos de trágicos perfiles: "Manavali... Runaaa... Yu... Taita cura sonríe cuandu me ve... Patrún grande también... Longas de huasipungo me agarran nu más... Yu... Que nu suy perculiddu dicen... Que nu suy runa, pes... El... Uuu... Atatay... Gagua longu... Peru he de pisar nu más comu a gusanu, comu a moscu... He de sacar lus ojus, la lengua... Cierticu... El cuichi... Mi cuichi que nadie sabe cómu... Mi cuichi que... Ji... Ji... Ji..." Otras veces, hueca la cabeza, apretadas de angustia las entrañas, con la visión maldita del hermano prendido en la teta de mama Nati —su teta color a barro cocido, su mama Nati—, el cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño gritaba ino-

pinadamente o se tiraba al suelo llorando por algo que nadie sabía lo que era, quizás ni él mismo —vago sentimiento de abandono y soledad, coraje insatisfecho por no poder entretenerse con el intruso pellizcándole los párpados, echándole tierra en los ojos y en la boca, metiéndole los párpados, metiéndole palos de punta aguda en los huecos de la nariz, de las orejas—.

—¿Qué será, pes? Parece enfermu, parece cun diablu —opinaba la madre sin intuir las causas de los emperros del muchacho.

—Caraju. En una de éstas le aplastu comu a cuy con el acial —ofrecía taita José.



Las cosechas de aquel año se caracterizaron en su mayor parte por lo duro, violento e inquieto del trabajo de la peonada —lucha con inesperados fenómenos de la naturaleza—. Por los huasipungos, por las aldeas y por el caserío de la hacienda del valle se comentaba en tono y pena de velorio sobre el absurdo de los vientos y del granizo que azotaban las tierras altas de la cordillera.

—¿Ahura qué haremos, pes?

—Mayordomos han de saber.

—Patrún ha de saber.

—De arrancar adelantadu sería.

—El maicitu.

—La cebadita.

—El trigu de la cementera grande.

—Hechu una lástima toditicu en el altu.

—En el altu.

—Toditicu.

Ante semejante amenaza y ante pinceladas sospechosas de nubes como motas de lana en el cielo de medio día, el patrón y los mayordomos resolvieron adelantar las cosechas. Presurosa acudió la gente a los sembrados maduros —los huasipungueros con toda la familia por obligación, los campesinos pobres de los anejos en busca de trabajo y chugchi—. Volvieron a transitar por los senderos las carretas desvencijadas y chirriantes hacia las trojes del amo. La codicia de latifundistas y de acaparadores volvió a per-

derse y enredarse en cálculos millonarios, en utilidades y en precios. Volvió la indiada a sudar copiosamente de seis a seis. Por desgracia —la urgencia decapitó los únicos minutos de alegría y de recuerdo— no volvieron las danzas y los cantos con los cuales los campesinos solían mitigar en parte la fatiga de la dura tarea y bendecir el milagro fecundo de la tierra en aquella ocasión. Hubo chicha, aguardiente, picantes —tostado de manteca, chochos, treintayuno, ají—, pero faltó tiempo para saborear a gusto. El acial de los mayordomos —flagelo temible a las espaldas de la indiada—, cruel, celoso y altanero, se adelantó a los truenos de la tormenta:

—¡Apuren, carajo!

—¡Apuren!

—¡Longos vagos!

—¡Indias carishinas!

—¿Respirando a gusto, no?

—¿Hechos los cansados, no?

—¿Desdoblándose como bisagra vieja, no?

—¡Apuren antes de que llegue el granizo!

—¡El granizo que acaba con las espigas!

—¡Apuren antes de que lleguen las aguas!

—¡Las aguas que humedecen y pudren la cosecha!

—¡Apuren antes de que llegue el viento!

—¡El viento que se lleva todo!

—¡Apuren antes de que llegue...! ¡Carajo!

—¡Longos vagos!

—¡Indias carishinas!

—¡Apúrense!

—¡Apúrense, carajooo!

A taita José, a mama Nati —siempre cargada del pequeño a la espalda— y al cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño, les tocó en la sementera grande —al indio al corte con un centenar de runas agobiados y sudorosos, a la india hacer y deshacer las parvas, llevarlas de un lado a otro, al guagua mayor el cuidado del cucayo al filo del barranco que limitaba el campo de la cosecha—.

Los tres primeros días, a pesar de la urgencia por ganar tiempo —maldiciones del patrón, gritos de los mayordomos, carreras de longos y longas de toda edad y tamaño, marcha bamboleante de viejas carretas, improvisado almacenar de cuanto llegaba al caserío de la hacienda en los galpones, en el establo, en el cobertizo del horno, en el

corredor de la casa—, a pesar de esa locura por ganar a la tormenta, todo salió más o menos bien. Pero el cuarto día —más de las dos terceras partes recogidas bajo techo—, un viento helado y juguetón se enredó con murmullo de sables de lata entre las cañas de maíz que aún quedaban en pie, se acostó en oleaje de dorados reflejos sobre los restos de los trigales y los cebadales, se filtró con agudos lamentos y roncas voces en el follaje de los árboles y de los charros. Ante aquel aviso de la caprichosa naturaleza la gente buscó en el cielo, en el horizonte de los cerros, en el olor del aire, una esperanza, una tregua. Cada cual comentó a su modo:

—Ahura sí, pes.

—Nus jodimus.

—Vientu de aguas.

—Vientu de granizu.

—Claritu se ve comu cortina nu más en monte de rinconada.

—Comu cortina de algodún

—Ya vienen las aguas, pes.

—Ya viene el granizu, pes.

—Ya mismitu.

—¡Apúrense, carajooo!

—¡Apúrense!

—Apurandu mismo estamos pes, taita mayordomu.

—Patroncitu, su mercé.

La absurda porfía para no dejarse atrapar por la tormenta —codicia en peligro, poder fraguado en el sacrificio ajeno— enloqueció de coraje, de exigencias y de crueldades al amo y a los mayordomos, quienes, cual verdugos a caballo o a mula, corrían de un lado a otro, surgían por todos los rincones donde alguien fallaba en su tarea unos segundos o respiraba a gusto, flagelaban por la espalda —con o sin motivo—, daban gritos histéricos, maldecían al cielo por arrastrar color de ceniza prieta y por bramar con truenos incesantes.

—¡Apúrense, carajooo!

—¡Apúrense!

En medio de aquella anhelante urgencia al parecer heroica —al recordar grotesta—, el taimado rencor del cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño no cesaba de asechar —diminuto pulso de odio y de celos perdido en aquella especie de batalla entre la amenaza del viento,

de la lluvia, del granizo, y el pavor de la indiada impotente en su esfuerzo esclavo del orgullo del latifundista y del sádico esbirrismo de los mayordomos—. No cesaba de asechar a mama Nati —siempre cargando al hijo menor—, con la esperanza de que en algún momento le entregaría al hermano para jugar con él. “Un raticu nu más, mama... Mamitica... El longuitu gateandu, pes... Yu caminandu nu más... Nu he de echar tierra en lus ojus... Nu, mama... ¿Por qué nu, pes? Aaah... El huaira fue... Cierticu... Nu... ¿Nu me...? Mala mama... Un raticu nu más quieru, pes... Acasu... Uuu... Guagua renegridu... Hiju... Adefesiu... Para jugar es... Jugar bonitu, pes...”, pensó el pequeño cuidador del cucayo en diálogo trunco con la madre que se movía a cien metros de distancia poco más o menos. Con la madre que inopinadamente cayó al suelo bajo un gran bulto de espigas cortadas. “Bien hechitu... Pur mala... Pur estar cargadota del guagua renegridu... Un raticu nu más... Para jugar quieru... Mamaaa...”. A los pocos minutos volvió a caer la india, sin duda se hallaba muy débil. En ese mismo instante acudió en ayuda de la mujer el acial de uno de los mayordomos:

—¡Carajo! ¿Qué ha de poder, pes? ¡Cargadota al guagua!

—Taiticu.

—¡Echale en el chaparro al longo!

—Así haremos, pes.

—¡Pronto!

La mujer dejó la carga que le agobiaba y corrió mecánicamente hacia el filo del barranco donde se hallaba su otro hijo. El mayordomo fue tras ella. Al depositar en el suelo al pequeño, recomendó una y otra vez —leve murmurar escurriéndose de contrabando frente al hombre que le perseguía a caballo— al cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño:

—Verás bien al guagüitu.

Arí, mama.

—¡Carajo! ¡Pronto! —chilló el mayordomo, furioso sin duda por lo que él creía inútil y taimada tardanza de la india.

Mama Nati, con impulso y resolución de quien se desprende de algo querido, se encaminó diligente de nuevo al trabajo, pero segundos antes de llegar a las parvas se dejó

convencer por un temor angustioso, por una sospecha rara —indefinida, profunda—. Quiso e intentó —sentimiento maternal que trataba de amparar a los cachorros tendiéndoles una sonrisa, unas palabras de esperanza— correr hacia donde estaban ellos. Ellos podían herirse... ¿Por qué? Ella era indispensable... ¿Para qué? Llegar a tiempo de... ¿De qué? ¡Oh! Alcanzó a dar cinco, diez pasos. El largo acial del mayordomo —abrazo doloroso, vértigo de una corriente que le arrastraba sin reclamo— detuvo a la mujer obligándole a reintegrarse a su destino.

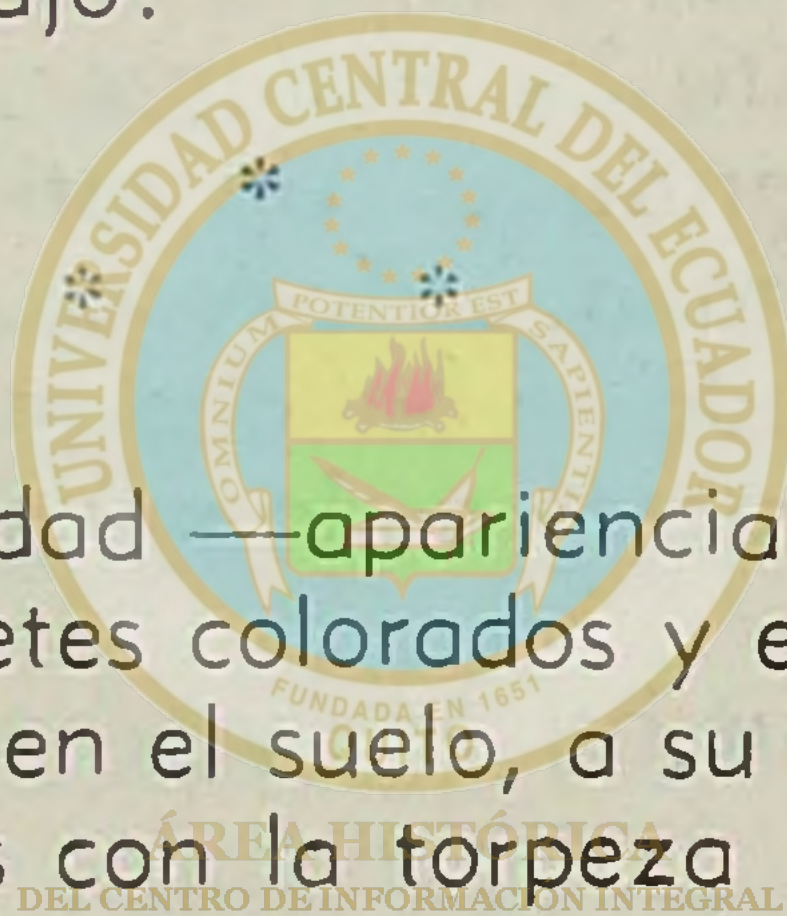
—¡A trabajar, carajo! ¡A trabajar!

—Taiticu.

—¡India vaga, mal amansada! ¿Corriendo como carishina en estos apuros, no?

—Taiticu.

—¡A trabajar, carajo!



Con satánica felicidad —apariencia melosa y tierna— el cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño miró a su víctima tendida en el suelo, a su víctima que movía las piernas y los brazos con la torpeza de un escarabajo echado de espaldas. Era la hora... Le había llegado la oportunidad que buscaba... No obstante... ¿Qué podía hacer para poder librarse de esa piltrafa sucia, inútil, intrusa, asquerosa? ¡Qué! Darle... Darle la mazamorra hasta que reviente, meterle la cuchara de palo en la garganta, romperle la olla en la cabeza, abrirle la barriga como...

—Toma, pes. Mama mismu diju... Una cuchara... Una cuchara de mazamorra. Toma nu más.

Aquella invitación del cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño estimuló el apetito del menor, el cual, con toda el hambre de cinco horas de ayuno y dejando su nido de pringosas bayetas, se arrastró por la hojarasca tras del alimento que se le ofrecía.

—Toma —insistió el muchacho que llevaba la cuchara llena de viscosa, turbia y amarillenta sopa, retrocediendo a medida que el otro avanzaba. La burla, entre risas, ofertas, amenazas y carantoñas, se tornó cruel, estúpida, angustiosa. Ante lo imposible —sin entender lo que pasaba, el pequeño que iba a gatas se detuvo y con sonrisa que parecía chapotear

en súplica de dolorosos rasgos miró al hermano una y otra vez.

—Toma.

—Uuu...

—Toma longuitu.

—Uuu...

Saturado de íntimas protestas que no podía formularlas, llorando a ratos en amenazas de no seguir el juego, el pequeño rapaz —ciego impulso instintivo— continuó arrastrándose de mala manera. Arrastrándose hacia el filo del barranco donde el viento —más próxima la tormenta— silbaba con ronquera cavernosa y el resplandor de los relámpagos deprimían con eficacia de acial de mayordomo. "Taitiquitu... Rodandu quebrada morir longu, pes... Rodandu...", pensó el cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño con sincero temor de que la torpe e inexperta criatura se... Pero de pronto —ansia que estalla, odio que se libera, desde lo más profundo de su egoísmo, en tono de diabólico consejo, con atrevida luz de venganza en los poros, cambió su sana inquietud por taimado coraje. "Ahura, pes... Comu taita patrún cun el natural, cun lus naturales... Comu amu mayordomu... Yu patrún... Yu su mercé... Yu mayordomu... El guagua runa es, pes... Uuu... Ahura, caraju... Robandu mi teta, nu... Robandu mi mama Nati, nu... Bandiduuu, mañosuuu..." Febrilmente —precisión de deseos olvidados, al parecer automatismo ingenuo, irreflexivo, el cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño llenó la cuchara de palo con más mazamorra, le metió luego muy cerca de las narices de la víctima —olfatear de perro hambriento—, y, con fuerza diabólica la lanzó hacia el barranco mientras invitaba:

—Corre... Corre longuitu a coger, pes... Rica la comidita... Corre nu más...

Ante la vacilación llorosa y resentida del pequeño, el muchacho que dirigía el juego, pensó: "Si nu quiere obedecer he de empujar, pes comu piedra para abaju... Comu palu vieju... Así...". Pero no fue necesario llegar a tal recurso. La víctima —renovados bríos inconscientes, furiosos— se arrastró hasta el filo mismo del abismo en donde cedió el terreno y desapareció el muchacho sin una queja, sin... Leves golpes rodaron por el declive del muro de la enorme herida de la tierra. Chilló entonces el cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño con llanto de mor-

bosa alegría que esquivaba hábilmente toda responsabilidad ante los demás. Por desgracia, sus lágrimas de cocodrilo y sus gritos —mezcla paradójica de remordimiento, de temor, de angustia y de placer a la vez— fueron arrebatados por la tormenta que había envuelto a la tierra en furia de huracán y de granizo.

Cuando llegaron mama Nati, taita José y los peones de la cosecha interrumpida —indios e indias— en busca de refugio, el cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño —tras una trinchera de ramas y de espinos como rata asustada—, entre mocos, llanto y medias palabras dio a entender lo que había sucedido con su hermano —enternecedor cinismo criminal—.

—¡Nuuu!

—Arí, taita.

—¡Nuuu!

—Arí, mama. Gateandu estaba, pes.

—¿Y nu viste comu te dije?

—Arí, mama.

—¿Comu te recomendé?

—Arí, mama.

—¿Comu te supliqué pur Taita Diositu?

—Arí, mama.

—¿Pur Mama Virgencita?

—Acasu pude agarrarle... Casi caigu rodandu yu también, pes... Mama... Mamitica... Uuu...

—Ahura verás, bandidu. Ahura te aplastu comu a cuy. Ahura... —amenazó al muchacho taita José mientras se preparaba diligente y nervioso, con algunos indios comedidos que lamentaban la desgracia, para descender a la quebrada en busca del cadáver del pequeño.

Abatida por viejo cansancio y amarga desesperación —abundantes y silenciosas lágrimas en los ojos, chirles y en sopor afiebrado los músculos de todo el cuerpo, mama Nati se sentó en el suelo, bajo la lluvia que le chorreaba por los negros y desordenados cabellos, por la cara, por la bayeta sucia del rebozo. Un temblor irrefrenable en los labios le cortaba las palabras. Una mueca de máscara trágica le rasgaba hacia abajo la comisura de los labios. Una súplica muda le aflojaba las mejillas.

—Uuu... Uuu... Uuu...

Así... Así le miró el cachorro de los cachetes colorados y el pelo castaño cuando taita José había desaparecido

por la quebrada, y creyó —impulso de amor heroico, coraje que amortigua el remordimiento, ansia que olvida el castigo— que debía defenderle, que debía consolarle, que... Salió a gatas de su escondite y se prendió a ella gritando:

—Mamita... Mamiticaaa...

A pesar de que su intuición le hizo ver clara la verdad, la india perdonó en silencio al rapaz. No sabía qué decirle. Se avergonzaba de acusarle. Acaso... Le abrazó mecánicamente contra su pecho. El entonces —ternura incontenible— le acarició la cara limpiándole las lágrimas y la lluvia, le acarició el cuello tibio, cansado, le acarició los senos. ¡Oh! Había vencido. De nuevo era suya.

¡Su mama Nati!

¡Sus tetas sucias, color a tierra cocida!



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL